



Prudencio

Himno en loor de los mártires de Zaragoza

(Traducción de Marcelino Menéndez y Pelayo)

De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna
Fiel nuestro pueblo: a Zaragoza asiste
Gloria tan alta.

De ángeles llena la ciudad augusta,
No, frágil mundo, tu ruina teme,
Pues tantos dones que ofrecer a Cristo
Lleva en su seno.

Cuando el Señor, sobre candente nube,
Descienda, y vibre la fulmínea diestra,
Y justo pese con igual balanza
Todas las gentes,

Delante el Cristo, la cabeza erguida,
Prestas del orbe las ciudades todas
Irán llevando en azafates de oro

Ricos presentes.

La África tierra mostrará tus huesos,
Doctor Cipriano, de facundo labio,
Y a Acisclo, a Zóel y sus tres coronas
Córdoba magna.

Madre de santos, Tarragona pía,
Triple diadema ofrecerás a Cristo,
Triple diadema que en sutiles lazos
Liga Fructuoso.

Cual áureo cerco rutilantes piedras,
Ciñe su nombre al de los dos hermanos;
De entrambos arde en esplendor iguales
Fúlgida llama.

Los santos miembros del invicto Félix
Pequeña y rica ostentará Gerona;
Los dos guerreros Calahorra, nuestra
Patria querida.

Con Cucufate se alzaré Barcino,
Y con su Paulo la feraz Narbona,
Con tus cenizas la potente Arelas,
Divo Genesisio.

Virgen Eulalia, tus reliquias lleve
En don a Cristo y hasta el ara misma,
De Lusitania la ciudad cabeza,
Mérida insigne.

Doble tributo, duplicada ofrenda
Lleve en sus manos la feliz Compluto:
De Justo y Pástor la inocente sangre,
Cándidos miembros.

Tánger, sepulcro de Masilios reyes,
No la ceniza de Casiano olvide
Que el suave impuso a los domados pueblos
Yugo de Cristo.

Pocas ciudades mostrarán un mártir,
Con dos o tres agradarán algunas,
Tal vez con cinco ofrecerán a Cristo
Prenda de alianza.

Diez y ocho tú presentarás, Augusta,
Ciudad dichosa, del Señor amada,
Cinta la sien de ensangrentada oliva,

Signo de paces.

Tú sola al paso del Señor pusiste
Mártires sacros en legión inmensa,
Sola tú rica, de piedad espejo,
Rica en virtudes.

No te igualaron en tesoro tanto
Cartago, madre del guerrero peno,
Ni Roma misma que el excelso ocupa
Solio del mundo.

La limpia sangre que bañó tus puertas
Por siempre excluye a la infernal cohorte;
Purificada la ciudad, disipa
Densas tinieblas.

Nunca las sombras tu recinto cubren,
Huye de ti la asoladora peste,
Y Cristo mora en tus abiertas plazas,
Cristo doquiera.

De aquí ceñido con la nívea estola,
Emblema noble de togada gente,
Tendió su vuelo a la región empírea
Coro triunfante.

Aquí, Vicente, tu laurel florece;
Aquí, rigiendo al animoso clero,
De los Valerios la mitrada estirpe
Sube a la gloria.

¡Oh, cuántas veces la borrasca antigua,
En torbellino estremeciendo el orbe,
De este almo templo quebrantó en los muros
Su hórrida saña!

Mas de teñirse la gentil espada
Ni un punto en sangre de los nuestros cesa:
A cada golpe del granizo brotan
Mártires nuevos.

¿Tú no teñiste con purpúreas gotas,
Claro Vicente, el augustano suelo
Como preludio de la no distante
Muerte gloriosa?

Así del Ebro la ciudad te honora
Cual si su césped te cubriera amigo,
Cual si guardara tus benditos huesos

Tumba paterna.

Nuestro es Vicente, aunque en ciudad ignota
Logró vencer y conquistar la palma;
Tal vez el muro de la gran Sagunto
Vio su martirio.

De Zaragoza en el estadio ungido
De fe y virtudes con el óleo santo,
Para domar al enemigo horrendo
Fuerzas obtuvo.

Vio en esta Iglesia las diez y ocho palmas,
Los patrios timbres su heroísmo encienden,
Y ardiendo en sed de acrecentarlos vuela
Presto al combate.

Aquí los huesos de la casta Engracia
Son venerados: la violenta virgen
Que holló resuelta las del vano mundo
Pompas falaces.

Mártir ninguno en nuestro suelo mora,
Cuando ha alcanzado su glorioso triunfo;
Sola tú, virgen, nuestra tierra habitas,
Vences la muerte.

Vives y aun puedes referir tus penas,
Palpando el hueco de arrancada carne;
Los negros surcos de la atroz herida
Puedes mostrarnos.

¡Qué impio sayón te desgarró el costado,
Vertió tu sangre, laceró tus miembros!
Partido un pecho, el corazón desnudo
Viose patente.

¡Mayor tormento que la muerte misma!
Cura la muerte los dolores graves
Y al fin otorga a los cansados miembros
Sumo reposo.

Mas tú conservas cicatriz horrible,
Hinchó tus venas dolorosa llama
Y tus medulas pertinaz gangrena
Sorda roía.

Aunque el acero del verdugo impío
El don te niega de anhelada muerte,
Ceñir lograste, cual si no vivieras,

Mártir, la palma.

De tus entrañas una parte vimos
Arrebatada por agudos garfios;
Murió una parte de tu propio cuerpo,
Siendo tú viva.

Título nuevo de perenne gloria
Nunca otorgado, concediole Cristo
A Zaragoza; de una mártir viva
La hizo morada.

Alza tu frente, esclarecido pueblo,
Rico en Optato y en Lupercio rico;
De los diez y ocho a tu senado ilustre
Salmos entona.

Canta a Succeso y a Marcial celebra,
Canta la muerte del feliz Urbano,
De Quintio y Julio el venerado nombre
Suene en tus himnos.

Repita el coro de Frontón la gloria,
Del animoso Ceciliano el triunfo
Y la preciosa de Egüencio y Félix
Sangre vertida.

Ni a Publio olvide ni a Apodemo claro,
Ni a Primitivo en el silencio deje,
Ni a aquellos cuatro que nombrar esquivaba
Sáfico metro.

La edad antigua Saturninos llama
A estos varones, y mi amor los nombra;
No es el cantar a los de Dios electos
Vano ejercicio.

Grande es el arte que en sus cantos sepa
Los áureos nombres engarzar de aquéllos;
Cristo los sabe y los conserva escritos
Libro celeste.

Serán leídos en tremendo día
Cuando tu ángel los diez y ocho ofrezca
Que por derecho de martirio y tumba
Rigen tu pueblo.

Y ha de añadir al número primero
La casta virgen tras tormentos viva,
Muerto a Vicente, pues su gloria es nuestra,

Nuestra su sangre.

Y ha de mostrar a Cayo y a Cremencio
Saliendo ilesos del cruel certamen,
Llevando en signo de menor victoria
Palma incruenta.

La fe de Cristo confesaron ambos,
Ambos lucharon con viril denuedo,
Ambos gustaron, aunque levemente,
Gloria y martirio.

De nuestras culpas el perdón implora
Esta legión bajo el altar guardada
En Zaragoza, de tamaños héroes
Íncrita madre.

Dejad que bañe con piadoso llanto
Mármol que cubre la esperanza nuestra
Para romper las ligaduras fuertes
De mis pecados.

Póstrate humilde, generoso pueblo,
Y, acompañando la festiva pompa,
Sigue después las resurgentes almas,
Sigue los miembros.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo